



Lollapalooza 2026

vive segundo día marcado por el fervor y el protagonismo de artistas chilenos con Los Bunkers como cierre

Para los artistas chilenos, presentarse en Lollapalooza es una suerte de punto aparte. Algo así como el partido definitivo del campeonato.

“Es como la final de la Champions”, ilustra de mejor manera y en charla con **Culto** Rodrigo “Negro” Medel, líder y cantante de Tomo Como Rey, el conjunto inscrito en la nueva camada de representantes de la música tropical y que ayer debutaba en el evento del Parque O’Higgins a las 21.30 horas en el Lotus stage del Teatro La Cúpula, con invitados como “Lalo” Ibeas de Chanco en Piedra y un homenaje a los mentores, Tommy Rey.

De alguna forma, los músicos locales aprovechan una vitrina masiva y condiciones que en general no tienen durante el resto del año para exhibir no sólo sus cualidades artísticas, sino que también para empuñar sus discursos en torno a la coyuntura, atendiendo a un público trans-

versal que mayormente llega al espectáculo para ver a los peces gordos del cancionero anglo que asoman durante el cierre de cada jornada.

Ayer, en la segunda entrega del evento que retornó este fin de semana al Parque O’Higgins, las agrupaciones locales tuvieron ese protagonismo en las primeras horas, en una saga que no se consumiría sólo ahí y que remataría de modo estelar a las 23.30 horas, cuando Los Bunkers se alistaban para convertirse en el primer nombre chileno en calificar como headliner de la cita.

Revolución y reencuentro

Proveniente de Tierra Amarilla, Copiapó, el cantante Astronautiko fue el encargado de abrir el día a las 14.00 horas en el escenario Banco de Chile, con una propuesta que tiene como raíz el sonido urbano, pero direccionado hacia múltiples esquinas, como el rap, la bachata, el reggae y el pop. Aunque sus melodías son intimistas,

de pronto parecen contraerse para luego viajar hacia estímulos más rítmicos, en un show que sorprendió a algunos de los presentes que empezaban a llegar al lugar tras la apertura de puertas a las 13.00 horas.

En el Lotus stage, situado en el Teatro La Cúpula, otro nombre de nuestro catálogo, el grupo Fonosida, hacía su debut en la cita, desplegando un pop fantasmagórico, de acento melancólico y dramático, pero que por minutos adquiere espesor con guitarras más crudas y urgentes que propiciaron el primer momento de efusividad de la jornada: un mosh a alta velocidad, como un remolino en despegue irrefrenable, se formó en el recinto, demostrando que la rúbrica de Fonosida no sólo es el “sad pop”, como etiquetan sus composiciones, sino que también una obra en expansión que los sitúa como uno de los representantes más inquietos del pop nacional surgido en la última década. Para ponerles ojo.

“Para nosotros, estar en Lollapalooza puede significar ampliarnos hacia otros

rumbos. El público que tuvimos acá en el Parque O’Higgins fue muy transversal y eso claramente es muy valioso”, aseguran a este medio dos de sus integrantes, Saskya Campos y Francisco Soto, subrayando que Lolla Chile es una plataforma donde se pueden arañar audiencias impensadas.

Algo similar aconteció en las primeras horas con Mano de Obra, agrupación de hardcore que llegó hasta el Alternative stage para montar canciones que narran con furia temáticas de exclusión social, depresión, estrés, individualismo, consumo de medicamentos, desigualdad, los consabidos dardos contra el sistema que “nos convierte en mano de obra” y el prestigio que regala el dinero. Un reclamo que suena frontal en un evento con marcado perfil corporativo, con entradas de precios onerosos, y donde precisamente el gasto, las marcas y el consumo son parte de su columna vertebral. Lollapalooza también entrega esas licencias: que sus propios invitados puedan establecer sus reparos con

La segunda jornada del evento que volvió al Parque O'Higgins estuvo cruzada por la relevancia y la diversidad de los grupos nacionales, de Candelabro a Como Asesinar a Felipes, a la espera del momento estelar que vivirían Los Bunkers anoche como headliners del espectáculo. En tanto, el conjunto estadounidense Katseye desató el minuto de mayor furor en lo que va de festival.

Por Claudio Vergara



► Candelabro brindó uno de los mejores shows de la jornada.

algunos pecados de los dueños de casa. De los nombres más recientes a los clásicos. Zaturno apareció en la tarima Cenco Malls para timbrar su hip hop de envoltura clásica y melódica, con banda e invitados de peso histórico, como Lenwa Dura, con quien integró en los 90 los mejores capítulos de Tiro de Gracia. Ambos interpretaron *Joven de la poba y Melaza*.

El espaldarazo a Lenwa Dura no sólo guarda relación con lo artístico. El cantante también retorna luego de un áspero momento personal, tras ser hospitalizado hace unas semanas luego de publicar en redes sociales un video en que "se despedía", alertando a la opinión pública y a sus colegas. Ahora Lenwa Dura está en la casa, al igual que Nicole, que también pasó por el show para cantar *2001* junto a Zaturno.

Pero Chile, un país rico en distintos ángulos de hip hop, sabe que el género de las rimas puede forjarse en arquitecturas disímiles.

Diversidad, fama y locura

En ese horario, Como Asesinar a Felipes repletaba el Teatro La Cúpula con su sonido inclasificable, con métricas disruptivas, giros bruscos que de pronto parecen encumbrarse por una narración creativa casi cinematográfica, exploración donde el saxofón abraza un eje protagónico, para luego desvanecerse en texturas que sorprenden. Ver a CAF siempre resulta tan estimulante como desafiante: no son fáci-

les de masticar, pero cuando se los tiene al frente resultan hipnóticos.

Pero quizás el pasaje que mejor retrató la convivencia de bandas chilenas en perfecta comunión fue cuando Candelabro pasó por el Cenco Malls ante una fervorosa fanaticada, mientras De Saloon hacía lo propio en el Alternative stage, con un público igual de devoto: rock de matrícula reciente hermanado a la distancia con sonidos de guitarras incubados en los lejanos 90.

Candelabro, de hecho, materializó uno de los mejores shows nacionales de este Lollapalooza, consolidando su cartel como una de las más azeitadas agrupaciones de la última temporada gracias a su disco *Deseo, carne y voluntad*, de 2025. Inaugurando su set con *Dedo chico*, uno de los temas de su debut *Ahora o nunca* (2023), el joven conjunto capitalino demuestra que es una fuerza de la naturaleza donde cuidados pasajes instrumentales están al servicio de melodías trepidantes, sin nunca caer en las piruetas innecesarias. Su música oferta un viaje que semeja un magma que retrocede para luego estallar en guitarras saturadas, a la par del dúo de bronce integrado por Nahuel Alavía y María Lobos, los que aportan un timbre jazzístico bajo la sombra de tótems de nuestra cultura popular como Fulano o Congreso.

Sobre el final, interpretaron el cover de *Ultraderecha*, de Los Prisioneros, como una crítica al presidente José Antonio Kast.



► Zaturno llevó como invitados a Lenwa Dura y Nicole.



► El quinteto Katseye desplegó encanto y baile en el Parque O'Higgins.

Más allá de los dardos a la coyuntura, Candelabro posee un futuro esplendoroso, con una puesta en escena donde priman los detalles, rica en recursos instrumentales, con composiciones que citan al himno nacional o que hablan de los ghettos verticales de Estación Central.

En contrapunto, lo de De Saloon es menos político, pero agita masas con éxitos donde las guitarras despuntan limpias y generosas, en melodías coreables por cualquier auditor radial promedio del país, como *Té*. Al igual que Gepe en la jornada anterior, De Saloon también engrosa un estatus como imprescindibles en el catálogo local del nuevo siglo.

Si en el casillero chileno prácticamente no había dudas de sucesos probados, la tarde ofrecía dos números que simbolizaban cierto examen: ¿cómo irá a funcionar Djo, el proyecto musical del actor de *Stranger things* Joe Keery, y el grupo femenino Katseye, dentro de lo más esperado de la jornada?

Djo entrega un pop rock sin grandes ornamentaciones, de cocción simple, el que fue recibido con respeto por parte de los presentes: pese a que muchos no conocían sus composiciones, llegaron entusiasmados por ver la faz musical del actor que encarna a Steve Harrington en la serie de Netflix que volvió a poner de moda los años 80.

Katseye por su lado subrayó mucha mayor euforia. Al borde de pasarse de la raya:

fue la presentación hasta esa hora de mayor frenesí en la segunda jornada de festival. Un auténtico festín de gritos en estado catártico, sin compasión con los tímpanos sensibles, dificultando incluso las vías para llegar al escenario Banco de Chile, donde se presentaban. La agrupación estadounidense formada por cinco integrantes cultiva un pop a minutos coreográfico que coge de las recetas del k-pop, aunque su paleta de estilos intenta mostrarse más amplia. Un mundo cada vez más rentable en esa industria global donde Lollapalooza no es la excepción. Al menos en términos de popularidad, fueron un acierto para esta edición 2026.

Refugiados del mundo -y de la locura que significó el estreno del grupo Katseye en Chile-, los presentes en el Movistar Arena se entregaron a las variantes de la música urbana y la electrónica. Por ahí pasaron Bruno Borlone, que invitó al escenario a Cease; y Marlon Breeze, uno de los nombres paradigmáticos del trap chileno.

El lleno total también se vio con la cantante Katteyes, de amplia fama viral y de celebridad irrefrenable en plataformas como TikTok, aunque esta vez lidió con el más desafiante mundo real: los resultados fueron igual de provechosos. A la espera de Los Bunkers, Lollapalooza le sonrió a los nacidos en esta tierra. En sus distintas geografías creativas, la música local levantó la mano en grande en el mayor espectáculo del país. ②